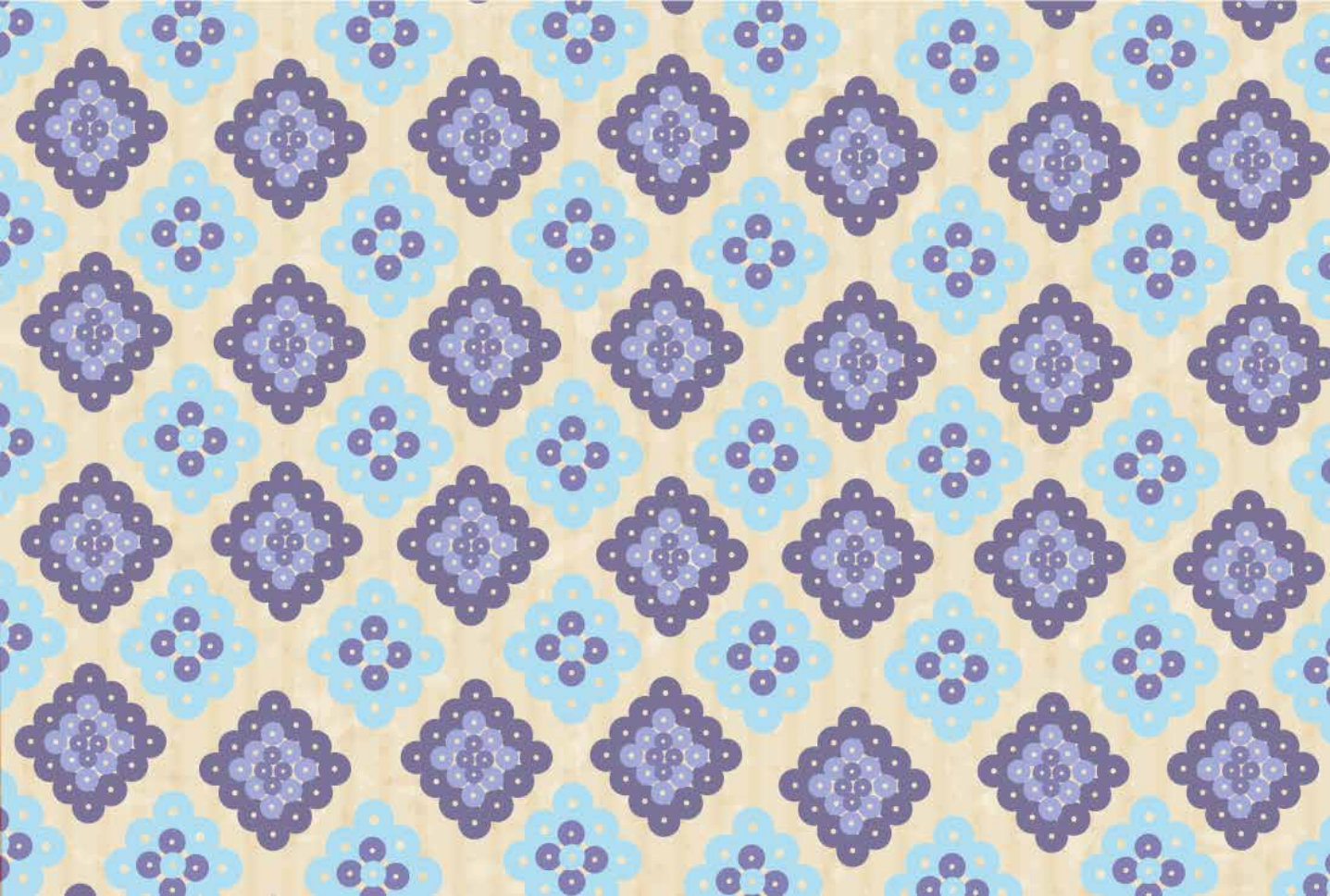
La boda de Watakame y las Niwetsika

María Reyna Guitiérrez Macías

Ilustraciones: Diana Ortega Gómez



GOBIERNO DE MÉXICO

INPI
INSTITUTO NACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas, México

Lic. Adelfo Regino Montes
Director General del Instituto Nacional de los Pueblos Indígenas

Mtra. Bertha Dimas Huacuz
Coordinadora General de Patrimonio Cultural y Educación Indígena

Itzel Maritza García Licona
Directora de Comunicación Social

La boda de *Watakame* y las *Niwetsika*

María Reyna Gutiérrez Macías

Ilustraciones | Edición
Diana Ortega Gómez

Coordinación
Norberto Zamora Pérez

México, 2021

La boda de *Watakame* y las *Niwetsika*

Hace muchos siglos, cuando el hombre se alimentaba de los frutos que recogía y de los animales que cazaba, cuando se vestía con la piel del venado, del puma o del tigrillo; cuando no tenía un lugar fijo para vivir, existió un joven perteneciente a la tribu de los *guachichiles* (cabezas rojas), antepasados del pueblo *wixárika* o huichol. Vivía con su madre cerca de la región del Gran Nayar, entre abismos que acunaban ríos y riachuelos; entre montañas escarpadas y coronadas por nubes.

Ahí, el joven *Watakame* -primer hombre y labrador por excelencia- construyó una choza con piedras y techo de ramas de pino, junto a la casilla, levantó un techo enramado en donde su madre prendía el fogón para asar el venado o las aves que su hijo cazaba con el arco y la flecha.

Watakame, un hombre de cabellos largos y negros; de cejas pobladas bajo las cuales resaltaba una mirada dulce y melancólica. Tenía la nariz como el pico de un águila y los labios prominentes.

Cuando *Watakame* salía de cacería pintaba su rostro y su cuerpo de rojo. Usaba para ello el almagre o los frutos carmesí del nopal. Se colocaba en la cabeza algunas plumas de aves y las sujetaba con un cincho de piel. Se ponía el taparrabo y después las sandalias; y sobre la espalda, el arco y la aljaba donde guardaba las flechas.

El joven procuraba que en el hogar hubiera siempre algo para comer. Además de la carne, no les faltaban frutas, calabazas, raíces y plantas comestibles. Tenían alimento en abundancia.

Watakame y su madre pasaron varios días sin comer. Una mañana, el joven dijo a la anciana:

- *Ne pahorhamuki* (Tengo hambre)

La *hokinatzi* (anciana) no contestó. Pensó en quitarse las únicas prendas de vestir que cubrían su cuerpo: un cinturón de piel y los delantales que usaba. Uno para tapar la parte delantera; y otro, para cubrir sus caderas.

¡Quería dárselos a comer a su hijo! *Watakame* interrumpió sus pensamientos y dijo:

- Saldré a preguntar a la gente si sabe dónde hay comida.

Salió de la choza sin saber que rumbo tomar. Cuando hubo caminado algunos kilómetros, se encontró con una larga fila de gente hormiga. Llevaban cargando en sus espaldas *hico* (maíz).

Watakame olvidó, por unos momentos, cuántos días había pasado en ayuno y el cansancio de su caminata. Se alegró de encontrarse a las hormigas arrieras y les preguntó:

- ¿Qué es eso que cargan? ¿Dónde lo consiguieron?
- Es *hico* (maíz) vamos allá por él.

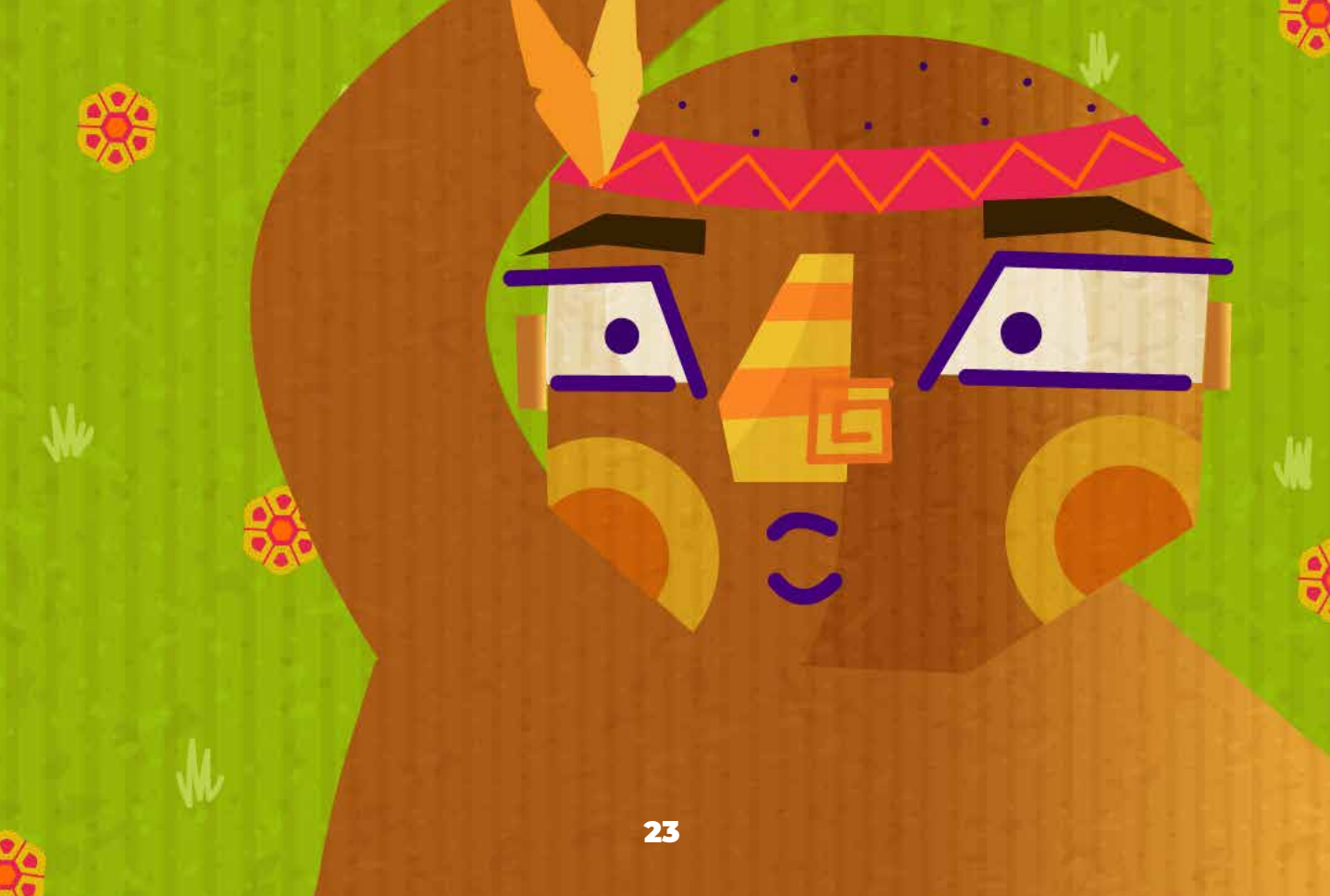
Dijo la hormiga que iba al frente de la fila, señalando por donde sale el sol.

- Iré con ustedes.

Durante algunos días, caminaron por montañas y barrancas. *Watakame* pudo probar el maíz, gracias a que algunos granos se les caían a las hormigas. Así recobró parte de sus fuerzas.

Cuando el sol se ocultó, acamparon en un valle a orillas de un riachuelo, que, como lágrimas, llevaba un hilillo de agua. Después todos se durmieron.

A la mañana siguiente, cuando el joven se despertó, tocó su cabeza y descubrió que su cabello había desaparecido las arrieras se lo habían robado y huyeron.



Ne pahorhamuki. (Tengo hambre) -dijo para sí *Watakame*. Luego subió a la cresta de una sierra y vio que se acercaba una *kukurú* (paloma). Traía en su pico masa de *hico*, y le preguntó:

-¿Puedo ir a tu casa?

La *kukurú*, asintió y el *guachichil* caminó hacia el rancho donde anidaba la paloma.

La dueña era una anciana desdentada que caminaba con dificultad ayudándose con una vara, a manera de bastón. Tenía varias muchachas, a las que llamó: Maíz Amarillo, Maíz Rojo, Maíz Negro, Maíz Pinto, Maíz Blanco, Flor de Calabaza y Amaranto Rojo.

Cuando llegó ante ella, *Watakame*, le preguntó:

-¿Aquí venden *hico*?

La anciana como si esquivara la pregunta, contestó:

- Bueno, si quieres te doy una muchacha.

- No. -Contestó la muchacha.

-Maíz Rojo, te vas.

-No.

Maíz Negro, te vas.

-No, no voy.

-Maíz Pinto, tú si te vas.

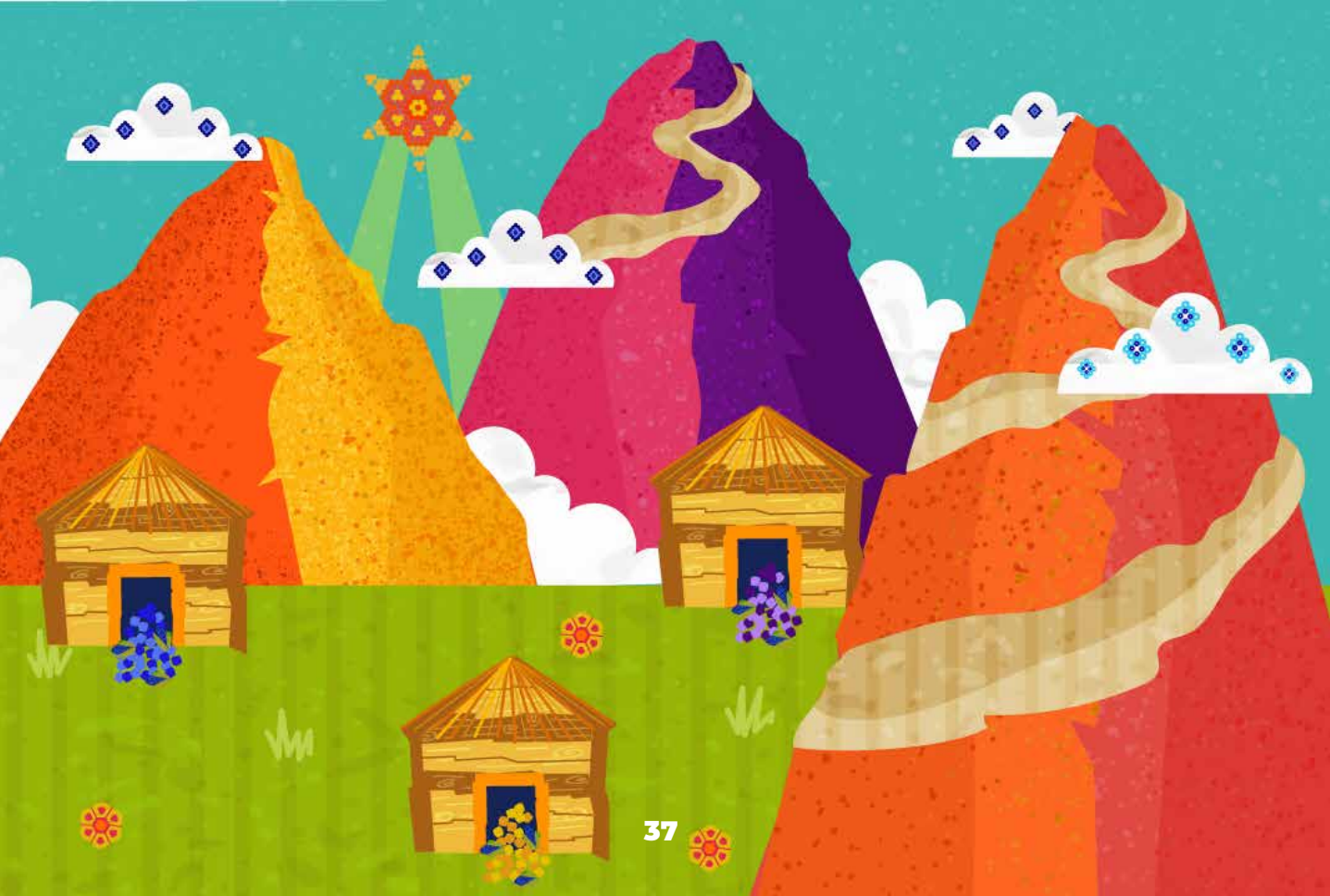
-No. Mañana o pasado mañana me va a regañar.

La anciana caminó muy despacio hacia Flor de Calabaza y le dio la orden: Te vas Flor de Calabaza.

Tampoco aceptó, pues dijo que le haría daño. Por último, se acercó a Amaranto Rojo, dándole la misma orden. Amaranto Rojo se negó porque: “la tiraría”.

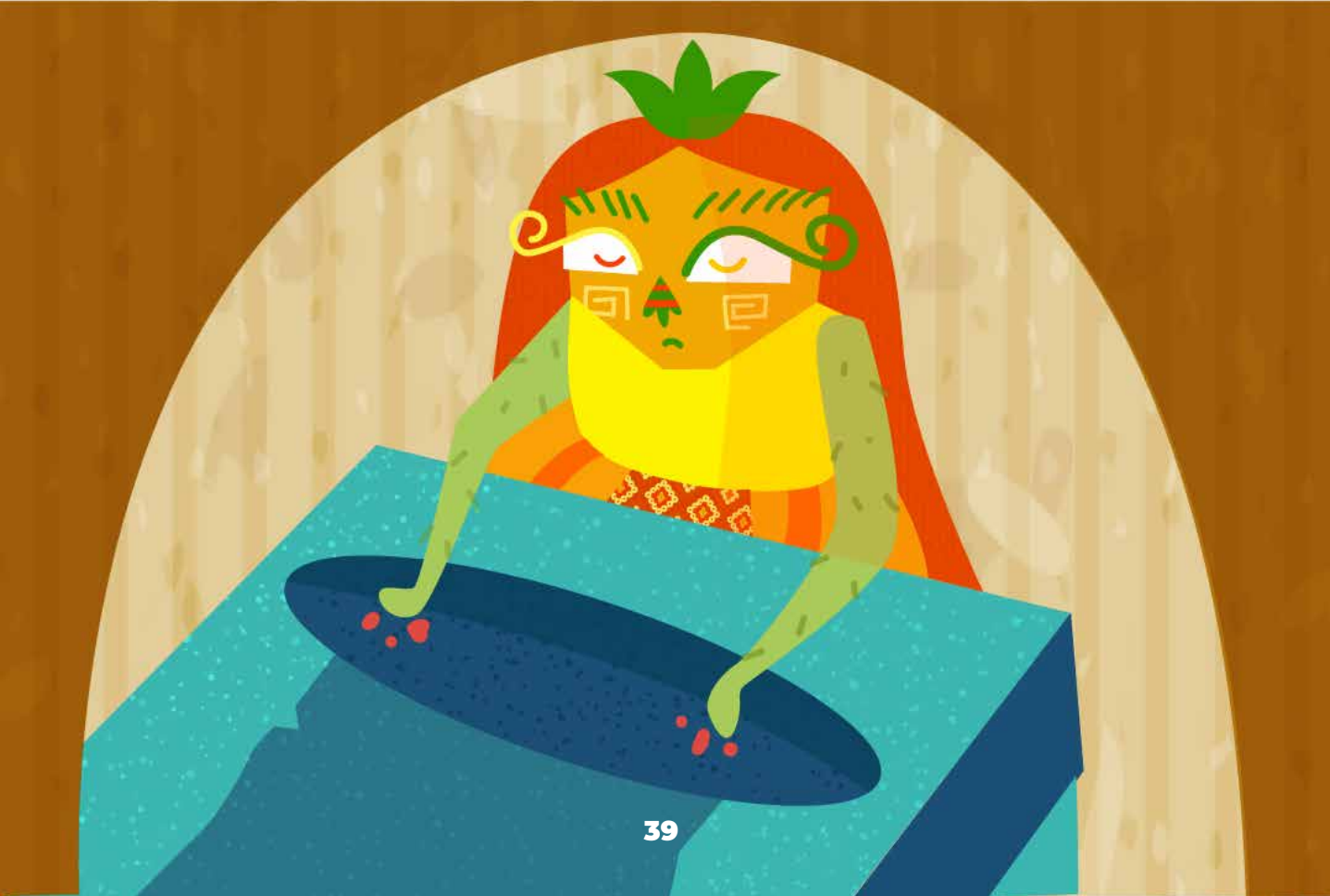
Ante esta situación dijo a *Watakame*: Construye en tu casa cinco trojes y un adoratorio. Durante cinco días colocarás flores rojas de *cempasúchil*, en el Sur; flores amarillas de *cempasúchil*, en el Norte; betónicas (flores que crecen en espigas) en el Oriente; en el Poniente, tempranillas; y en el centro, colocarás flores de corpus. Durante esos días encenderás una vela. Pon a las muchachas en el adoratorio y bárrelo siempre. No vayas a regañarlas.

Watakame hizo lo que la anciana le pidió y al quinto día, llegaron las muchachas del maíz. Sus trojes se colmaron de granos. *Watakame* comió hasta hartarse y se complació de tenerlas. No tuvo queja de ellas, así que las trataba bien. Pero la madre de *Watakame*, no estuvo de acuerdo en eso. Y le reclamó a las cinco *niwetsika* (diosas del maíz) que la dejaran sola con las labores de la casa.



-¡Preparen la comida! Me tienen que ayudar.

Las muchachas obedecieron y se pusieron a moler el maíz en el metate. De sus manos empezó a brotar sangre: ¡se estaban moliendo las manos!



Después, desaparecieron, al igual que el maíz en la casa de *Watakame*. Su madre le recriminó:

-¡Qué voy a comer! Las *niwetsika* se fueron. ¡Tráelas otra vez!

Watakame volvió al rancho de la madre del maíz, y le preguntó:

-Perdí a las *niwetsika* ¿Vinieron aquí?

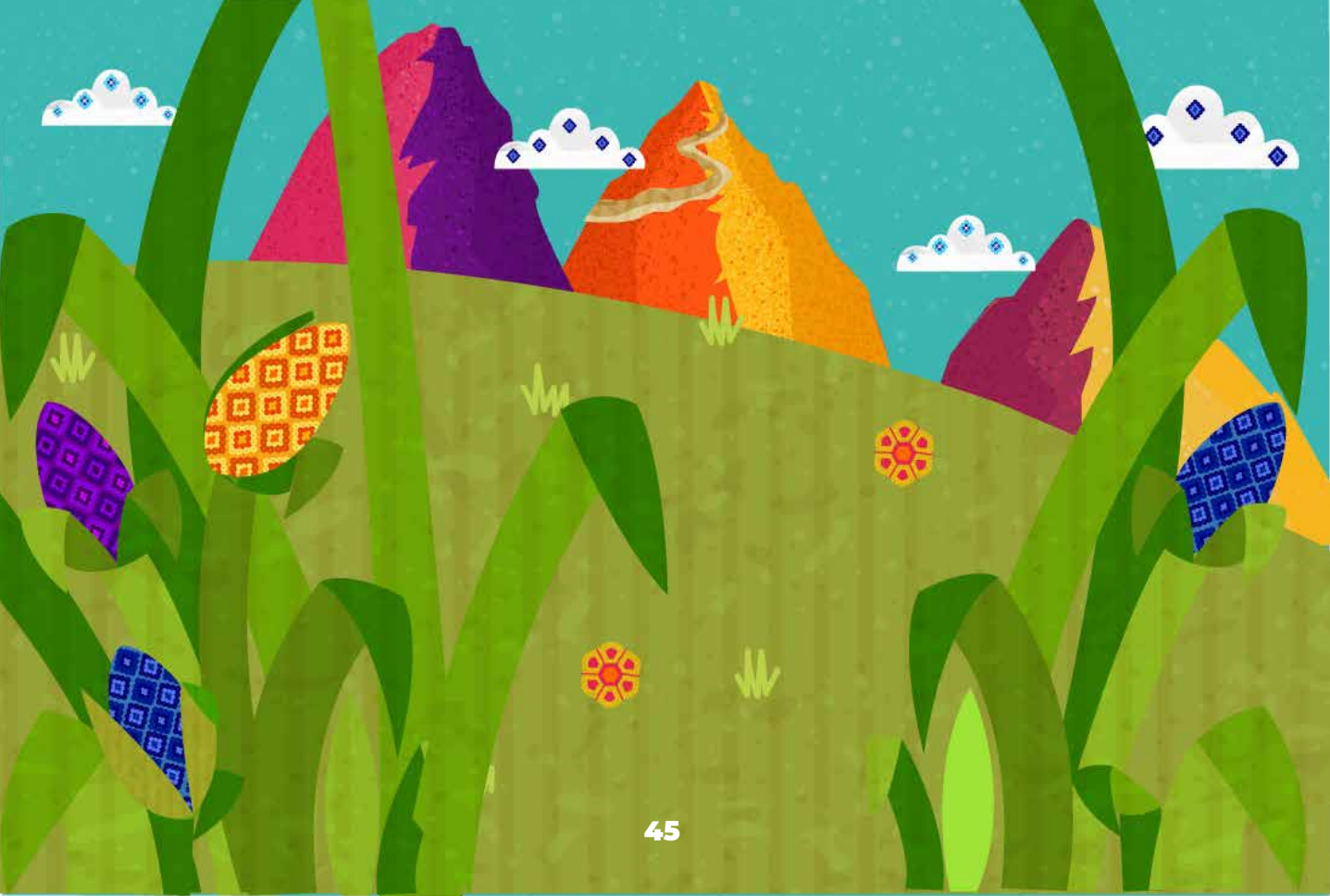
-Te dije que no las regañaras. Aquí están. Ya no te las voy a dar: sus manos se hicieron daño. ¡No volverás a comer!

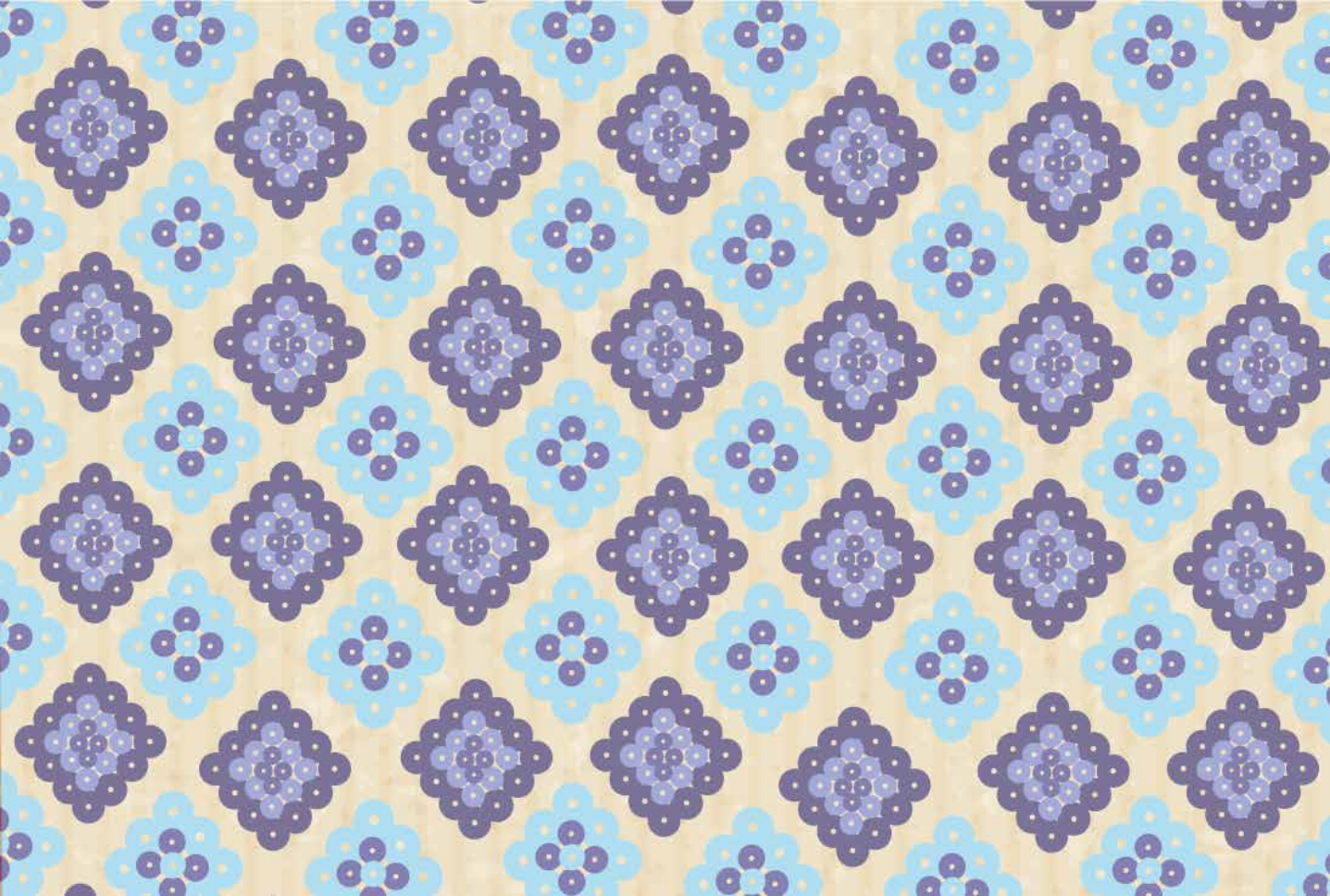
Cuando el *guachichil* volvió a su choza increpó a su madre:

-¡Las regañaste! por eso se fueron. ¡No volveremos a comer! Nos moriremos de hambre.

Watakame no se dio por vencido y cuando volvió a fructificar la tierra y los animales resurgieron en los bosques, llevó a la madre de las *niwetsika* muchos regalos: carne de venado, frutas y todo cuanto pudo recolectar. También hizo para ella velas, jícaras y flechas.

Cuando la madre del maíz quedó satisfecha con las atenciones del joven, le devolvió a sus cinco *niguama* (hijas), pero el maíz ya no creció sólo, *Watakame* tuvo que cultivarlo; y desde entonces, también los descendientes de su unión con las *niwetsika*: los *wixaritari*.





GOBIERNO DE MÉXICO

INPI
INSTITUTO NACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

México, 2021